

XX. TRABAJO

20 de Octubre de 1984

Muy queridos todos en SM:

Una vez más temo y tiemblo al ponerme a escribirles. El tema que voy a encarar es complejo en demasía: *el trabajo*. Por necesidad y devoción, pido asistencia a San José, patrono de los obreros. Les aseguro que redactar esta carta me cuesta tanto como hombrar un millar de bolsas de papas.

Hacia una espiritualidad del trabajo

Todos sabemos, y ustedes mejor que yo, que en torno al trabajo, gravitan innumerables cuestiones. Les indico algunas: la ética, el progreso, la producción, la distribución de bienes, el empleo, la riqueza y la pobreza, el poder, las ideologías, la economía, la política, la socialización, la familia, el arte, la cultura, el ocio, la técnica, el deporte profesional... Y la lista podría seguir. Desde ya les anticipo que no intentaré resolver ninguno de estos problemas. Si pudiera ofrecer soluciones de a corto plazo, sería candidato cierto para los ministerios de trabajo, economía y bienestar social...

Por lo demás, ¿qué experiencia tengo yo del mundo laboral? Poca. ¿Y del trabajo? Alguna, ustedes juzgarán: antes de entrar al monasterio, mientras estudiaba veterinaria, trabajé un tiempo como tipificador de reses en un matadero de vacunos y de pichón de inspector en algunos mercados de carne; siendo ya monje, y a lo largo de los últimos veintipico de años, desempeñé diversas tareas: peón de albañil, esquilador de conejos de angora, bibliotecario, enfermero, envasador en una fábrica de mermelada, profesor de ciencias sagradas, maestro de novicios, lavandero y (casi me olvidaba) durante cinco años amasé tallarines dos veces por semana. Con estos antecedentes, ¿qué pueden esperar de mí?

Me propongo abordar el tema desde un ángulo bien concreto y con una finalidad particular: “fomentar la santificación del trabajo” (*Documento de Puebla, 956*), descubrir el “significado que el trabajo tiene ante los ojos de Dios” o, mejor todavía, contribuir a la “formación de una espiritualidad del trabajo” (*Laborem exercens, 24*). Aunque el enfoque es restringido, no deja de ser ambicioso.

A fin de no marearme ni marearlos, les presento los puntos que intento desarrollar: qué es el trabajo; por qué y cómo el trabajo es santificador; quiénes pueden ayudarnos en nuestros deseos de santidad laboral.

Naturaleza del trabajo

Parece ocioso preguntarse *qué es trabajar*. ¡Sólo un desocupado se lo pregunta! Pero no toda desocupación es desempleo o vagancia, hay también un ocio santo: “La sabiduría del escriba se adquiere en los ratos de sosiego; el que se libera de negocios se hará sabio”, nos asegura el libro del Eclesiástico (38:24).

El Papa obrero, Juan Pablo II, habiendo meditado profunda y largamente sobre el trabajo, nos dice que éste es “todo tipo de acción realizada por el hombre, independientemente de sus características o circunstancias”. Y a fin de evitar ambigüedades, ajusta luego sus palabras: “Trabajo significa toda actividad humana que se puede o se debe reconocer como trabajo entre las múltiples actividades de las que el hombre es capaz y a las que está predispuesto por la naturaleza misma en virtud de su humanidad”. Todos los hombres, “en una justa medida y en un número incalculable de formas, toman parte en este gigantesco proceso, mediante el cual el hombre somete la tierra con su trabajo” (*Laborem exercens, Presentación; 4*).

Para una mayor precisión

¿Podemos precisar un poco más? Creo que sí. Sigo bajo el magisterio del Papa obrero y reflexivo. El trabajo es un bien arduo, útil y digno de nuestra condición de personas. Trabajando, no sólo transformamos la naturaleza, adaptándola a nuestras necesidades, sino que también nos hacemos más persona humana (cf. *Laborem exercens* = LE, 9). En este par de frases se esconden muchas riquezas; saquémoslas a luz.

- Al decir que el trabajo es un *bien*, estamos asimismo declarando que mediante el trabajo podemos llegar a ser más buenos.
- El trabajo es un *bien arduo* pues implica la aplicación de las propias energías físicas o mentales; nadie ignora que trabajar demanda un esfuerzo. Y por esto mismo el trabajo posee un considerable valor formativo, disciplinario y ascético.
- Cuando trabajamos, perseguimos un *fin útil*; adquirir bienes, sean éstos materiales, espirituales o simples servicios. En cuanto productor de bienes, el trabajo nos perfecciona a nosotros mismos, pues nos permite prolongarnos en nuestras obras y crecer con sus frutos; perfecciona la sociedad en la que vivimos, enriqueciéndola con nuevos bienes y vínculos sociales; y perfecciona la naturaleza, que desarrolla y adapta sus posibilidades para nuestro servicio.
- El trabajo es *digno* pues corresponde a nuestra dignidad personal. En cuanto actividad humana, participa de la dignidad del hombre. El trabajo no es una cosa o mercancía, nunca debe anteponerse al desarrollo integral de la persona.

Algunos interrogantes para filosofar sobre el trabajo

Hace ya algunos años, quizás se acuerden, dialogábamos sobre las diferencias y semejanzas entre el trabajo, el juego, el deporte y el arte.

Alguien que se pasaba el día jugando a los naipes decía que ese era su trabajo; le contestaban que no lo era, pues la finalidad que perseguía era la aventura y la diversión; alegó que cuando iba perdiendo transpiraba como pocos...

Roberto, deportista profesional, dijo que pocos obreros aplicaban sus fuerzas físicas al igual que él y que el deporte era la mejor ascesis; no explicó con claridad qué bienes útiles producía; pero afirmaba con insistencia que jugando al fútbol entretenía a otros, ofrecía un espectáculo y con el sueldo mantenía a su familia...

Carlos, el artista, también tuvo parte en aquel amistoso intercambio de ideas y palabras; se ganaba la vida pintando cuadros, y esto lo ocupaba doce horas por día; pero no supo qué responder cuando le preguntaron si pintando buscaba ser útil o comunicar un sentido...

Tampoco faltó quien tenía un amigo preso y sometido a trabajos forzados; se preguntaba y nos preguntaba: ¿dónde está la bondad de ese trabajo que se usa para castigar al hombre y cómo la fatiga hace al hombre más hombre?

Muchas cosas quedaron flotando en el aire aquel día. Quizás lo seguirán haciendo siempre. Pero nada impide que cuando nos volvamos a encontrar continuemos dialogando.

El trabajo, medio de santificación

Veamos ahora *porqué el trabajo es santificador*. O, con otros términos, cuál es el fundamento doctrinal sobre el que se apoya la posibilidad de unirnos a Dios en y por medio de nuestro trabajo.

Lo primero que puedo decir es que trabajando actualizamos en nosotros la *imagen de Dios Creador*. En sus mismos inicios la Biblia nos revela que Dios trabaja y descansa, crea y reposa

(Gén. 1-2). Y al crear al hombre, lo hace a su imagen y semejanza; por eso le entrega la creación para que se sirva de ella, le da una mujer por compañera y le manda poblar y dominar la tierra entera (Gén. 1:26-31; 2:7,15,18-19).

En consecuencia, nuestro trabajo prolonga la obra del Creador (Jn. 5:17). Somos creadores, no por esencia, sino por participación (cf. *Populorum progressio*, 27). Y esta participación crece en la medida de nuestra competencia laboral; es decir, en la medida en que crecen nuestro conocimiento del mundo del trabajo, nuestra formación e información científica y técnica, y nuestras habilidades prácticas.

Este trabajo creador, para ser verdaderamente tal, para ser medio de unión con Dios, no sólo exige el debido descanso, sino que también ha de dejar un espacio interior en el que nos podamos preparar para aquel “reposo” que el Señor reserva a sus siervos y amigos (LE, 25).

Es verdad que el pecado de nuestros primeros padres rompió y los nuestros siguen rompiendo la armónica integración del trabajo humano en la obra del Creador. Pero es más verdad aún que, por la vida y pascua de Jesucristo, donde abundó el pecado sobreabundó la gracia y el favor de Dios.

El trabajo, participación en la gesta de Cristo

Y esta abundancia de gracia nos permite dar un segundo paso y decir algo más. Trabajando participamos en la *obra salvadora de Cristo*. ¿Por qué? Porque el trabajo es parte constitutiva de la vida del Salvador.

Jesús es un trabajador, un artesano al igual que José de Nazaret (Mc. 6:3; Mt. 13:55). Considera, además, que la evangelización y el apostolado son un trabajo (Mt. 4:19, 9:37; Jn. 4:38). Respeto el mundo laboral, aunque también condena la excesiva preocupación por el trabajo y la existencia (Mt. 6:25-34; Jn. 6:27).

El Hijo de Dios asume la naturaleza humana en su concreto carácter de imagen de Dios, que refulge en la actividad laboral. La encarnación santifica el trabajo y, al mismo tiempo, la humanidad de Cristo queda plasmada por él. *Los treinta años en Nazaret*, más que años de vida oculta, son *años de vida laboral*. Años en que el trabajo es una escuela de vida. Años que hacen de Jesús un maestro de vida para todos los trabajadores.

Y el trabajo de Jesucristo no tiene sólo un valor de modelo, sino también un valor salvador. Jesús, el Cristo, nos salva por medio de la entrega total a lo largo de toda su vida: él nos rescató mediante su oración, palabra, abnegación, trabajo, cruz y resurrección. ¡El trabajo es un elemento integrante del misterio pascual por el que Cristo nos salva! Por consiguiente, nuestro trabajo nos asocia a la obra salvífica y a la persona del Salvador (cf. *Gaudium et spes*, 67).

Y todavía no está todo dicho. La experiencia nos enseña que el trabajo está unido a la fatiga y al cansancio. ¿Tiene esto algún sentido?

La fatiga, hermana de la muerte, es también hija del pecado. Escuchemos la sentencia de maldición: “Al hombre le dijo...: Maldito sea el suelo por tu causa; con fatiga sacarás de él alimento..., espinas y abrojos te producirá...; con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas al suelo, pues de él fuiste tomado” (Gén. 3:17-19). ¿Queda aún otro sentido por descubrir? ¿Reinará para siempre la maldición? ¡No y no! La última palabra la tienen Jesús y su evangelio.

Volvamos a escuchar. Esta vez la noticia es buena como una bendición: “Soportando la fatiga del trabajo en unión con Cristo crucificado por nosotros, el hombre colabora en cierto modo con el Hijo de Dios en la redención de la humanidad; se muestra verdadero discípulo de Jesús llevando a su vez la cruz de cada día en la actividad que ha sido llamado a realizar” (LE, 27).

Concluyendo, el trabajo, además de poseer un valor propio y dignidad especial por su relación con la persona humana, es asimismo un medio de santificación pues nos une a la persona y a la obra del Creador del universo y Salvador de los hombres (Cf. *Apostolicam actuositatem*, 7). Y notemos que se trata de una santidad laboral y no sólo devocional, santidad de la acción, aunque también pueda enriquecerse por la intención; en otras palabras, se trata de la santidad cotidiana de Nazaret.

El trabajo, unión con Dios por las virtudes teologales

Nos podemos preguntar ahora: *¿cómo nos santificamos mediante el trabajo?* Como sé que ustedes viven una vida teologal, mi respuesta se puede reducir a una sola palabra: ¡trabajando! No obstante, agrego otras tres: trabajando con fe, esperanza y amor.

La revelación nos enseña que nuestro trabajo prolonga la obra del Creador y es cumplimiento de la salvación. Mediante el trabajo nos elevamos a un orden trascendental y salvífico. Trabajando con *fe* en esta doctrina revelada, nos unimos a Dios y edificamos la ciudad terrena según los modelos de la eterna.

La *esperanza* cristiana no es un cruzarse de brazos a la espera... Recordemos la parábola de los talentos (Mt. 25:14-30). La esperanza implica esperarlo todo de Dios y ocuparse, al mismo tiempo, por perfeccionar este mundo, el cual puede de algún modo anticipar el mundo nuevo y futuro. Una doble certeza motiva nuestra esperanza y nos lleva a un serio compromiso con el trabajo:

- La restauración plena y definitiva de todas las cosas ya comenzó con Cristo, es impulsada por el Espíritu y continuada por la Iglesia. Llevando a cabo la obra que el Padre nos encomendó en esta tierra, labramos nuestra salvación y anticipamos la renovación de la creación (*Lumen gentium*, 48).
- Todos nuestros esfuerzos de hoy volveremos a encontrarlos, “limpios de toda mancha, iluminados y transfigurados, cuando Cristo entregue al Padre el Reino eterno y universal” (*Gaudium et spes*, 39).

Trabajando con esperanza nos unimos a aquel que, siendo Principio y Fin, grita desde el trono de la majestad divina: “¡He aquí que yo hago nuevas todas las cosas!” (Apoc. 21:5-6).

Pero la ley fundamental de la perfección humana y, por tanto, de la transformación del mundo, es el mandamiento del *amor* (*Gaudium et spes*, 38). Si trabajamos con amor, nuestro trabajo estará abierto a la primacía del hombre, a la comunión con los hermanos y al dominio del mundo para gloria de Dios y servicio de todos.

- Porque trabajamos con amor podemos decir: “Nunca jamás el trabajo por encima del trabajador, nunca jamás el trabajo contra el trabajador, sino siempre el trabajo para el trabajador, el trabajo al servicio del hombre, de todos los hombres y de todo el hombre” (Pablo VI, Discurso del 10-VI-69 a la OIT).
- Podemos amar el trabajo por el trabajo porque éste nos permite participar en la obra del dominio sobre la tierra según la voluntad del Creador. Pero este amor alcanza su plenitud cuando nos une a los demás hombres que, trabajando, participan de dicha obra. Y quien trabaja para asegurar la subsistencia de su familia, por este simple motivo, trabaja en el amor (cf. Juan Pablo II, Homilía del 31-V-80 a los obreros en Saint-Denis).
- Gracias al amor, el fruto del trabajo de nuestras manos y de nuestro ingenio se convierte cada día en ofrenda eucarística (*Gaudium et spes*, 38).

Porque Dios es Amor, nos creó y salvó por amor, quien trabaja en el amor trabaja como Dios, ama a Dios y se une al Amor.

María y José, nuestros co-laboradores: oración a José obrero

Acabo de trazarles el camino de la santidad laboral, camino que puede transitarse mediante cualquier trabajo, desde el más digno y apreciado hasta el más insignificante y olvidado.

Y no avanzamos solos. Tampoco faltan quienes *ayuden*: María y José de Nazaret. Las ocupaciones de María fueron las de cualquier ama de casa en el contexto de su época. El poema de la mujer trabajadora del libro de los Proverbios (3:10ss.) la describe perfectamente. Pero no dudo que la tarea que hizo con más gusto y con menos pena, la que más se identificaba con su misma vida, fue la crianza y educación de su hijo. Y junto a María de manos callosas y corazón materno, está José artesano y esposo.

El papa Pío XII, en el año 1955, instituyó la festividad de San José obrero. La inspiración de esta fiesta, que celebramos anualmente el primero de mayo, se basa en estas verdades: José fue un obrero, ganaba el pan de la sagrada familia con el sudor de su frente y tuvo como aprendiz bajo sus órdenes al propio Hijo de Dios. Por todo esto los invito a orar juntos diciendo:

José, carpintero de Nazaret, sometiendo la tierra y poniendo sus bienes al servicio de los hermanos, fuiste digno, solidario y santo. Tus manos laboriosas sustentaron a tu familia y te hicieron más padre y esposo. Trabajaste con fe, amor y esperanza, uniéndote así al Creador del universo y Salvador del género humano. Por eso te pedimos:

Trabajar siempre sin empañar jamás nuestra dignidad de trabajadores; que el trabajo esté siempre a nuestro servicio y no nosotros en función de él.

Contemplar el trabajo con los ojos de Dios, a fin de poder discernir lo justo e injusto, lo verdadero y falso de las ideologías actuales.

Procurar fuentes de trabajo, promover y proteger los derechos y deberes del trabajador, para contribuir así a la justicia social y a la consecuente paz entre los hombres.

Enriquecer a la sociedad con nuevos bienes, frutos del trabajo de nuestro ingenio y nuestras manos, y crecer en comunidad unidos con vínculos de inquebrantable solidaridad.

Así nuestro trabajo anticipará el reino eterno, será como el tuyo, y nos hará un solo espíritu con el Creador y Salvador del mundo entero. Amén.

Y los dejo acá. Espero que la lectura les haya sido un descanso; escribirla resultó trabajoso, pero estoy contento, no en vano aprendí de San Bernardo que “incluso las mismas ocupaciones saldrán ganando si van acompañadas de un tiempo dedicado a la reflexión” (*Sobre la consideración*, I,V:6). Que María de San José nos haga más solidarios mediante la gracia y regalo de la santidad laboral; seremos así agentes de la revolución más pacífica y profunda de nuestra sociedad (cf. Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, *Libertad cristiana y liberación*, 81-88). Todo y siempre en ellos.

Bernardo